







# LOS RECUERDOS DEL VIEJO JACK

CHAI EDITORA





Wendell Berry

LOS RECUERDOS  
DEL VIEJO JACK

Traducción de JUAN NADALINI

## Berry, Wendell

Este libro ha sido publicado bajo el acuerdo con Counterpoint Press, un sello de Catapult, LLC en conjunto con la agencia 2 Seas Literary Agency y la coagencia SalmaiaLit”

Título original: *The Memory of Old Jack*

© Del texto, Wendell Berry, 1974

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Juan Nadalini, 2026

Diseño de cubierta  
Ese Estudio y Gonzalo Marin

Foto de cubierta  
Manuel Bonacci

Diseño de colección e identidad  
Lamas Burgariotti

Corrección  
Nacho del Arco Bonet

Primera edición en España  
Marzo 2026

ISBN: 978-84-129405-9-6

[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)



*Hice este libro  
para mi padre,  
su verdadera fuente,  
en señal de agradecimiento  
y celebración.*



## 1. Luz

Antes de que amaneciera, el viejo Jack salió a apoyarse en el borde del porche delantero del hotel, para contemplar la calle vacía del pueblo de Port William, y ahora el sol, que ya asoma, lo envuelve con su luz de pies a cabeza. Pero es una claridad que aún no calienta, así que, a pesar del grueso abrigo de borrego que lleva puesto, Jack tiene frío. Poco le importa. Antes, cuando se detuvo en el peldaño más alto de la escalinata, atento a cómo colocar el peso de su cuerpo, se reclinó con cuidado sobre el bastón y, en un gesto que últimamente se había hecho habitual en él, ahí se quedó.

Desde el granero cuya cúpula con veleta se divisaba por encima del techo de la casa, recortada contra un cielo pálido, le llegaba la voz de Mat Feltner llamando a sus vacas. El viejo Jack lo escuchaba todo con un entusiasmo que lo alejaba de su propio ser; aunque sabía bien dónde se encontraba, bien podría haber estado dormido, soñando. Mat esperó y volvió a llamarlas. Después, a juzgar por el silencio, Jack supo que la vacas ya se habían acercado, y que Mat podría ver cómo avanzaban, parsimoniosas y difusas, bajo la bruma de una oscuridad menguante. Y después escuchó cómo se abría la puerta corredera del granero.

Salvo por el cacareo ocasional de los gallos, en el pueblo y sus alrededores reinaba el silencio. Los pensamientos del viejo Jack estaban ahí con Mat, en el granero, donde bullía la vida animal. Él conocía bien esa soledad en la que se hundía Mat al comienzo de cada jornada laboral desde que su hijo había muerto en la guerra. Conocía la rigidez y el dolor que la siega del tabaco le había dejado en la espalda, en los hombros, en las manos. Era consciente del sopor profundo de los fardos de heno en el pajar del granero.

El anciano se quedó en el porche, bajo el frío blanquecino del alba, tan vacío de sí mismo como una estatua, mientras todo lo que en su interior lo había mantenido con vida ahora vivía con Mat, en ese granero que empezaba a despertar. Y ahí había seguido, de pie, mientras los alaridos de los gallos retumbaban una y otra vez contra los cerros, hasta que había ido llegando la luz: primero un resplandor, después el sol. Había escuchado cómo volvían a la vida las otras granjas, cómo convocaban al ganado para que regresara de los pastizales, el mugido fortuito de alguna vaca. Había escuchado cómo se encendían los tractores, el movimiento torpe de las carretas en dirección a los campos.

Aunque ahora se las arrastra con tractores, y no con caballos o mulas, el ruido de las carretas es el mismo de siempre. Está el tumulto exótico del hierro y el fuego, sí, pero por debajo de él, o desde su interior, aún se oye el mismo traqueteo de antaño, el repiqueteo del remolque contra los amortiguadores, el desplazamiento veloz sobre los toscos caminos rurales bajo el frescor matutino. Mientras Jack oía todo aquello, frente a los ojos de su memoria desfilaba una y otra vez una hermosa yunta de mulas que le había comprado a Graham Foresee en septiembre de 1888.

Eran dos hembras negras de tres años, altas, corpulentas, de hocicos claros y movimientos enérgicos; una dupla armoniosa en todos los sentidos. Beck y Kate. Como si agarrara otra vez las riendas y estuviera de pie sobre el carro desvencijado, las mulas lo llevan hacia el campo. Están en muy buena forma: el pelaje lustroso, bien frescas tras una noche de sueño. Acaba de salir el sol. Es otoño. Avanzan juntas, sujetas por el arnés, con una ligereza impaciente que a Jack, por un momento, le corta la respiración.

Fue la primera yunta de semejante calidad que tuvo en su vida. Una extravagancia, tal vez. Las compró porque las necesitaba, de eso no hay duda. Pero hizo esa compra con el cuidado con que la hizo, y pagó el precio que pagó, como una forma de

celebrarse a sí mismo. Hacía ya tres años que era dueño de la granja (o al menos era dueño de la deuda que había heredado de su padre). Y aunque todavía no la había terminado de pagar, iba por buen camino. Pensaba saldar esa deuda. Ya no dudaba de sus capacidades. Tenía la certeza absoluta de que estaba a la altura de lo que los demás iban a exigir de él, y de lo que él iba a exigir de sí mismo.

Así que compró las mulas. Buscó y rebuscó hasta encontrar una yunta a la que pudiera mirar y usar con la satisfacción de una decisión cumplida, y pagó lo que le pidieron. Las fue a recoger en su caballo, un sábado por la tarde después del trabajo, y las llevó hasta su casa en la oscuridad de la noche. Para ir a comprarlas se había perdido un baile, y cuando en los días posteriores algo le recordaba ese hecho, se lo añadía al precio.

A la mañana siguiente, no fue capaz de alejarse del granero. Fue a sacar las mulas después del desayuno, las cepilló y se quedó con ellas en el corral. Ahí, en sus propias tierras, le siguieron gustando. Lo complementaban.

Por la tarde las hizo salir otra vez, las ató en la entrada del granero y se dedicó a arreglar y ajustar un juego de arneses para el yugo. Aunque ahora Jack está cerca del final, si mira atrás, hacia sus comienzos, el placer de aquella labor, y de todo lo que aquello anticipaba, regresa e inunda sus pensamientos.

Está sentado junto a la puerta del cuarto de los arneses; a su izquierda, el amplio portón frontal del granero está abierto de par en par, y desde ahí alcanza a ver el corral, y más allá la fachada trasera de su casa, anticuada y gris, que se alza entre los árboles. A un costado, sobre el banco, hay un cuchillo, un punzón y varias correas de cuero sin curtir. Lo acaricia una suave brisa que llega desde el sendero de acceso. Aunque está acostumbrado al trabajo expansivo en los campos, disfruta de la estrechez y la precisión de esta labor.

Oye el repiqueteo de las herraduras de un caballo contra la gravilla y, cuando alza la cabeza, ve que Ben Feltner se acerca a la casa montado en una yegua torda; muy cerca lo sigue su hijo Mat, de cinco años, a lomos de un pony. Ben está casado con Nancy, la única de las hermanas de Jack que aún vivía en casa cuando él nació, y la persona que, en los años posteriores a la muerte de la madre de ambos, se ocupó de la mayor parte de su crianza. Fue Nancy quien lo animó a comprar esa casa, y Ben quien lo avaló en el banco. Ben Feltner es un hombre amable y corpulento; un granjero y un ciudadano a quien todo el mundo respeta. Aunque todavía no ha cumplido los cincuenta, tiene la barba y los ojos propios de un patriarca. Posee una mente previsora y una gran memoria, el juicio ágil de un ganadero, además un humor seco y cortante.

Si Nancy fue una madre para Jack tras la muerte de su verdadera madre, cuando él tenía cinco años, entonces bien podría decirse que tanto después de que muriera su verdadero padre, cuando él tenía dieciocho, así como durante los años previos, Ben ofició de padre. Nunca han hablado sobre su relación en voz alta. Cuando murió su padre, Jack era demasiado mayor y demasiado orgulloso como para aceptar abiertamente una autoridad paterna que no viniera desde la cuna, y Ben no era de esos que ofrecían consejos cuando nadie se los pedía. Pero Ben era, sin duda, el hombre al que Jack escuchaba y respetaba, el hombre con el que sopesaba sus propias decisiones. Había veces que Jack esbozaba un problema, una situación hipotética, y Ben le explicaba, con suma cautela, lo que “un hombre”, según él, debía hacer en tales circunstancias.

Desde que firmó el aval para la compra de la granja, Ben no volvió a hablar del tema. Las visitas que ha hecho a Jack han sido siempre informales, escuetas, sobre cualquier asunto puntual que los tuviera ocupados en ese momento, y jamás más allá

de los límites del granero. Pero Jack sabía que lo observaban, y en los últimos meses había tenido la sensación de que lo estaban mirando con beneplácito. Una actitud característica de Ben, que entiende el entusiasmo peculiar de los comienzos, y que por ende, a su modo relajado, ha postergado su juicio durante casi tres años.

Durante un buen rato se quedan ahí, frente al granero. Jack va a buscar la nueva yunta de mulas; las observan y hablan sobre ellas. Pero Ben no se baja del caballo. Jack se da cuenta de que, por fin, ha venido a verlo todo con sus propios ojos. Jack le dice que se estaba preparando para ir a echar un vistazo al ganado. ¿Quizá les apetece acompañarlo? Ensilla su caballo y salen juntos, con el muchacho montado en el pony a la zaga. Cruzan el terraplén que hay detrás del granero. Dejan que los caballos avancen a paso lento, bajo esa tarde resplandeciente y calurosa. Recorren todos los campos, examinan el estado del suelo, las cosechas, los pastos, el ganado, los cercos y las construcciones. Aunque Jack habla sobre lo que ha hecho y lo que está haciendo y sobre lo que espera hacer, Ben casi no abre la boca. Cada tanto esgrime alguna pregunta, o le dice algo a su yegua, o le señala algo a Mat. A ratos, cabalgan en silencio. Pero Jack sabe muy bien que, bajo la sombra del ala de su sombrero, los ojos de Ben lo miran y lo evalúan todo.

Para que Mat pueda nadar un poco, se detienen junto a un pequeño estanque rodeado de unos muretes construidos durante la época del abuelo de Jack para aprovechar las aguas que rebosaban de un manantial. Jack y Ben atan los caballos y se sientan sobre las losas del muro, recubiertas de musgo, a la sombra de un sicomoro inmenso. En la calma de esa tarde los aborda una profunda alegría. Una vez que Mat se ha secado al sol, se ha puesto otra vez la ropa y se sienta en el muro, entre ambos hombres, los tres se quedan un rato más mirando los pececillos que

viven en el estanque y las libélulas que revolotean sobre el agua. Por fuera de la sombra de ese árbol añoso, el día arde resplandeciente sobre los cerros y los pastizales.

Cuando se acerca el ocaso y la tarde ya empieza a enfriarse, cabalgan de vuelta al granero. Jack se apea frente a la puerta y le dedica a Mat un par de palabras jocosas a modo de despedida. Y después se gira hacia Ben, cuyos ojos —complacidos, y, a su modo distante, quizá también felices— ahora lo están mirando.

—Jack, muchacho, lo estás haciendo muy bien.

Entonces apoya una mano sobre la yegua, la hace girar y emprende el regreso a su casa, con Mat siguiéndolo de cerca. Jack los mira hasta que los pierde de vista.

Aunque ahora está apoyado en su bastón, en el porche delantero del hotel de Port William, contemplando la primera mañana fresca de septiembre de 1952, en realidad no está ahí. Está a seis kilómetros y a sesenta y cuatro años de ese lugar, en otra época, cuando aún había música en su interior, cuando era liviano. Desde la cumbre de aquellos años, su mente vuelve al presente como un pájaro que se posa en la cabeza de una estatua, y otro día de su vejez ilumina la calle. El frío ya lo ha calado. Jack bajará hasta el colmado de Jasper Lathrop, donde, aunque el otoño todavía es demasiado incipiente como para esperar una lumbre encendida, algo del calor del día previo tal vez haya sobrevivido a la noche. Jack golpea con fuerza el borde del porche con el bastón, como si quisiera que la áspera realidad se pusiera en alerta y, prestando mucha atención a los escalones de piedra, baja con unos pasos pesados.

## 2. Ben

Esa mañana, cuando Mat Feltner salió al jardín delantero de su granja, en el curso de sus tareas matutinas, vio al viejo Jack en el porche del hotel como si fuera el monumento de algún personaje eminente. Todavía estaba oscuro, y le costó distinguir la silueta del anciano bajo la sombra de la cornisa del porche.

Más tarde, cuando lleva la leche a casa, vuelve la vista, y entonces se detiene a mirar, puesto que el viejo Jack sigue en la misma posición que antes, aunque ahora ya lo cubre la luz del amanecer.

El nieto de Mat, Andy Catlett, que ha estado dándoles de comer y beber a los cerdos, llega en silencio al jardín y se para a su lado.

—¿Cómo vas, muchacho? —dice Mat. Y, al recordar que ese es el último día de Andy en la granja, ya que a la mañana siguiente se va a la facultad, estira un brazo y se lo pasa por encima de los hombros. Se quedan así un buen rato, mirando en silencio al viejo Jack, que tiene la vista puesta en otra parte.

—Bueno —dice Mat, como si diera por terminada una larga conversación—, vayamos a desayunar.

Ambos entran en casa, cuelan la leche, se lavan un poco y vuelven a la cocina.

Una vez sentados a la mesa, Mat arruga el ceño y niega con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta Margaret.

Mat, que no es consciente del gesto que acaba de hacer, mira a su esposa y le sonríe.

—Nada —dice. Y al instante, porque sabe que ella no le cree, agrega—: El tío Jack. Lleva ahí parado desde antes de que saliera el sol, parece estar atornillado al suelo del porche.

Margaret se limita a asentir. Mat levanta la taza; ella se la llena de café y se sienta.

El viejo Jack se ha convertido en una preocupación para ellos. Es como si en las últimas semanas le hubiera empezado a fallar la cabeza. Lo han estado observando con cierta inquietud, tanto ellos como las demás personas de la comunidad que se preocupan por él, por miedo a que en una de esas ensoñaciones suyas, cuando da la impresión de estar ausente, fuera de su propio ser, se caiga o se haga daño o termine atropellado por un coche. Todos alguna vez se lo han encontrado, en el curso de su deambular cotidiano, inmóvil y de pie, con una mirada tan vacía y dolorosa como una casa abandonada. Y lo han estado observando, aquellos que se preocupan por él, porque sienten que Jack se está alejando de ellos, que se desliza cada vez hacia un pasado que ahora lo absorbe casi por completo. Y lo echan de menos, porque saben que su partida los va a cambiar a ellos también.

De pronto, Mat se echa a reír.

—El otro día Burley Coulter decía que el tío Jack se está convirtiendo en una estatua. Que está en plena metamorfosis. Un día se va a quedar parado tal y como está ahora y ya no se va a mover nunca más. Hasta los pájaros le van a anidar encima.

Margaret le concede una sonrisa a las fantasías de Burley. Pero cambia de tema:

—Mat, tenemos que traerlo a casa. Es la hora. De lo contrario, nos vamos a arrepentir.

—Más me voy a arrepentir si le impongo algo que no quiere hacer —dice Mat—. No, Margaret, no lo voy a traer. Se sentirá como una carga, un inútil. Pensará que depende de nosotros, y no quiero hacerle una cosa así. Será más feliz si se queda dónde está, donde se vale por sí mismo. Si llegamos al punto en que ya no se las apaña él solo, cosa que espero que no suceda nunca, entonces sí lo traeremos a casa.

Mat habla con más vehemencia de la que quiere transmitir, porque lo que bulle en el fondo de sus pensamientos, eso que no tiene intenciones de enunciar, es que piensa postergar todo lo posible el esfuerzo adicional que las necesidades del viejo Jack supondrían para Margaret, cuya salud ya no es la que era. Aunque lo que acaba de decir tampoco es mentira.

—Por otra parte —agrega él—, no querría venir.

Y es verdad. No querría hacerlo. Jack jamás permitiría que se inmiscuyeran en su vida.

—Cuando le haga falta nuestra ayuda, lo ayudaremos —dice Mat.

Se lo debe. Es lo mismo que el viejo Jack ha hecho siempre por él: nunca le prestó una ayuda que no necesitara, sino exactamente la que precisaba. Mat tiene sesenta y nueve años. Hasta donde llega su memoria, Jack siempre ha estado ahí, a su entera disposición. Cuando Mat nació, Jack era ya un hombre hecho y derecho, un hombre de esos que no abundan. Y le ha guardado lealtad durante todos estos años. Es una fidelidad que Mat le ha devuelto al pie de la letra. Pero la lealtad de Jack fue un precedente, el modelo a seguir. Mat ha podido contar con Jack durante toda su vida; lo ha tenido ahí como ideal y como ejemplo, como maestro, capataz y compañero, como amigo y como fuente de consuelo. Cuando Jack muera, Mat será el más mayor en esa cofradía de amigos y parientes de la cual Jack ha sido el centro durante tanto tiempo. Siente el acecho latente de esa certeza; pronto no habrá nadie entre él y la tumba. Advierte un presagio funesto en la interrupción inminente de ese hilo de recuerdos; un relato que se remonta hasta la Guerra Civil y con el que ahora el viejo Jack mantiene un vínculo sumamente tenue.

—Cuando lo necesite, lo ayudaremos. Pero si no lo necesita, no lo haremos. ¿No te gustaría que hicieran eso mismo con nosotros?

—Bueno —dice Margaret—. Ve a ver cómo está y dile que venga a almorzar.

—Eso mismo estaba a punto de hacer. Para que veas la ventaja que te llevo siempre.

Se ríen. Mat acaba de parafrasear a Lightning Berlew, su ayudante, quien, cada vez que recibe una orden, repone: “Bueno, justo estaba a punto de hacerlo”, y que tan pronto cumple con lo que le habían pedido, en general con resultados no demasiado satisfactorios, agrega: “¿Has visto la ventaja que te llevaba?”

Mat se levanta y se pone el sombrero.

—Andy —dice—, saca la camioneta y ve a ayudar a Burley y a Jarrat a descargar los carros. —Mientras sale por la puerta, se da un ligero toque en el ala del sombrero como para despedirse de Margaret.

Abre la puerta del gallinero, cruza el recinto y, tras atravesar una segunda puerta, llega al establo. El sol ya reluce. El valle del río está cubierto por una niebla blanca y espesa que se extiende hasta las laderas de las tierras altas y se va volviendo transparente en los bordes.

Lightning se acerca desde su casa, surcando los pastizales, sin prisa y Mat se detiene a esperarlo. Lightning camina, como siempre, con el ala del sombrero tan cerca de los ojos que tiene que reclinar mucho la cabeza hacia atrás para ver algo; parece que avanza a tientas, como un sonámbulo.

Tras la repentina muerte de Joe Banion durante el otoño del año anterior, a causa de un ataque al corazón, Mat estuvo varios meses sin ayudante. Poco después del entierro de Joe, su esposa, Nettie, se fue con su madre a Cincinnati, a vivir junto a su hermana. La casa había quedado vacía, y sin embargo Mat tardó semanas en encontrar a alguien dispuesto a ocuparla. Le era imposible competir con los trabajos que les ofrecían en las ciudades a los mejores hombres, a los más jóvenes, y no se

sentía con ánimos como para lidiar con los peores. Y, a pesar de todo, fue lo peor, o casi, lo que terminó consiguiendo: una pareja sobre la que Wheeler Catlett apenas había oído hablar, un tal Lightning y su esposa, Sylvania (conocida, se enteró después, como Smoothbore), que llegaron con todas sus pertenencias atadas al techo y apretujadas en el interior de un Chevrolet desvencijado.

—Me han dicho que aquí vivían unos negros —le dijo Lightning como si nada mientras desataba el colchón de la parte superior del coche.

—Si no te parece bien... —dijo Mat—, puedes volver por donde has venido.

Y fue entonces cuando Mat descubrió el primer fundamento del carácter de Lightning: no había nada en este mundo capaz de agraviarlo.

—Bueno —dijo Lightning—, no hay nada que con una buena lavadita no se solucione.

La casa, en realidad, no le habría supuesto ningún problema. Si Nettie se hubiera querido quedar, Mat habría construido, con gusto, otra para hospedar a cualquier asistente que pudiera aparecer llegado el caso. Y él quería que se quedara, no solo por Margaret, sino porque sentía que Nettie —y hasta la propia tía Fanny— formaban ya parte de ese lugar. Por otro lado, no podía culparlas por querer irse. Todos los suyos ya se habían ido, y Nettie, que jamás había aprendido a conducir, sentía que era demasiado mayor para aprender. Quería irse.

A Mat en aquella época le preocupaba más bien poco el “problema racial”, pero los lazos que lo unían con esa gente eran profundos. Lamentó su partida tanto como había lamentado la muerte de Joe, y los echó muchísimo de menos cuando ya no estaban. En primavera, Mat y Margaret condujeron hasta Cincinnati para visitar a Nettie y a la anciana, siguiendo las instrucciones

que la primera les había dado. Ahora vivían en un edificio de ladrillos rojos cerca de una cancha de béisbol. Era una tarde de domingo muy calurosa, el barrio estaba repleto de gente sentada en medio de la calle, en sillas y en las escaleras de entrada. Entraron en un edificio oscuro, que olía a rancio, y subieron hasta el tercer piso, donde Nettie alquilaba un apartamento. Estaba contenta de recibirlos en casa, pero no dijo mucho; parecía dudar, como si de pronto los considerara dos desconocidos, gente con la que ya no compartía nada. Echaba de menos Port William, sí, seguramente siempre lo haría, les dijo. Se llevaba bien con la gente para la que trabajaba ahora. Pero a Mat lo que más lo conmovió fue la anciana, sentada en una especie de nicho que se abría entre la nevera y una ventana desde la que se veía, entre los hierros de la escalera de incendios, la fachada trasera de otro edificio de apartamentos de alquiler. La mujer parecía más pequeña y resignada, con las manos quietas sobre el regazo, como si fuera una estampita. ¿Dónde estaba su huerta, dónde estaban sus plantas y sus gallinas moteadas, dónde estaban los vastos senderos por los que paseaba largo y tendido entre pastos y bosques?

—Tía Fanny —dijo Mat—, estás lejísimos de casa.

—Dios mío, señor Mat —dijo—. ¡Y tanto que sí!

No se quedaron mucho tiempo. Habían ido hasta aquel lugar para hacerles una oferta a esas mujeres, pero que no terminaron de entender, y habían descubierto que ahora ellos no eran más que un par de extraños, inútiles a la hora de satisfacer las necesidades de aquel lugar. Se abrieron paso entre la gente que poblaba las calles hasta donde habían aparcado el coche. Mat condujo de vuelta casa embargado por una tristeza punzante. De haber dicho algo, se habría echado a llorar. Si hubiera podido, si ellas hubieran accedido, se las habría llevado con él a casa. Pero sabía que su pena iba en contra de la historia, algo que a él, tras la muerte de su hijo en la guerra, no le resultaba

desconocido; sabía que para eso ni siquiera había palabras. Y aun así se apenaba por Nettie y por Fanny, y por las miles de personas que estaban en su misma situación, los hijos exiliados de esa tierra para quienes su historia había sido la de un sacrificio. Sabía que había sido testigo del final de algo que merecía una conclusión mejor.

Y ahora ahí viene Lightning Berlew. Cuando se mudó, Mat le dijo que lo esperaría en el granero a las cinco, antes de desayunar, para que lo ayudara con las tareas matutinas; podía, incluso, ordeñar a una de las vacas para su familia.

—No quiero leche —dijo Lightning. Y jamás apareció antes de las seis y media.

Mat le ofreció un terreno y las herramientas que le hicieran falta para cultivar un huerto. Lightning ni se tomó la molestia de declinar la propuesta.

Mat no dijo nada. Para entonces ya conocía bien a su adversario, y sabía que iba a tener que conformarse con lo poco que él fuera capaz de ofrecer, siempre y cuando tuviera algo que ofrecer. También sabía bien cómo iba a terminar la cosa: una mañana cualquiera, la casa estaría vacía y no quedaría rastro del desvencijado coche; y él no sabría ni por qué ni hacia dónde ni exactamente cuándo.

—Buenas días —dice Mat.

—¡Qué tal! —contesta Lightning. Se toma su tiempo, es la viva imagen de la ociosidad: tiene la cabeza echada hacia atrás, se escarba los dientes con la punta afilada de una cerilla requemada. Cruza el corral y se detiene delante de Mat.

—Llévate el tractor y el carro —le pide Mat— y únete a Nathan y a los demás para echarles una mano. Yo me sumo en cuanto pueda.

Lightning esboza su sonrisa más servicial, la boca llena de plata y de oro. Y dice, con perfecto desdén:

—Bueno, es justo lo que estaba a punto de hacer.

Acto seguido, muerde el fósforo y mete una mano en el bolsillo para buscar los cigarrillos. A Mat su actitud lo enfurece. Pero, como hace casi siempre, disimula su enfado con una generosidad impecable. Intenta cambiar de tema.

—Lightning —le dice—, ¿este otoño no querrás matar un puerco para vuestra casa?

—¿Eh?

—¿Quieres carne de cerdo?

—Podría ser.

—Bueno, te puedo dar uno de los míos. Pero tendrás que criarlo en tu casa, y alimentarlo.

—Podría ser, sí —dice Lightning y se va a buscar el tractor.

Mat se queda quieto un instante mientras apacigua su ira, y entonces emprende el camino hacia el pueblo.

Lightning no va a llevarse el cerdo. Mat lo sabe perfectamente. ¿Entonces para qué se lo ha ofrecido? ¿Porque es lo correcto? ¿Una forma de poner la otra mejilla? Quizá. Pero quizá también por la fascinación perversa de ver cómo alguien demuestra, de manera tan categórica, ser un necio. Quizá para elaborar mejor la acusación que viene rumiando. Mat sabe, y lo sabe de primera mano, lo que hace Lightning por la noche, después de trabajar: en lugar de ocuparse del huerto o de alimentar al cerdo o de hacer cualquier cosa que le pueda reportar un beneficio duradero, en lugar incluso de quedarse sentado tranquilamente, sin hacer nada, remolca su viejo Chevrolet hasta la puerta del granero, y se tiende en el suelo para tratar de arreglarlo lo suficiente como para llegar a Hargrave el sábado por la noche. Y mientras él trata de arreglar el coche, la señora Smoothbore está a su lado, sentada en una palangana, dándole ánimos, puesto que ella también, por lo visto, tiene sus razones para querer ir a Hargrave. Aunque los dos viven y trabajan en la granja, no tienen ninguna conexión con el

lugar: no les interesa, no tienen esperanza alguna. Sobreviven con lo justo, e incluso parecen conformarse con ello, para vivir anclados en el mundo material con un dinero diario ganado a duras penas. Mat se preocupa por ellos, más de lo que está dispuesto a admitir.

Cuando Mat llega al hotel, ve que el porche está vacío, y por un segundo se sobresalta. Es como si hubiera inferido, a causa de la inmovilidad de Jack, que ya siempre se lo iba a encontrar en el mismo lugar cada vez que levantara la vista. Pero si el anciano no está en el porche del hotel a estas horas de la mañana, entonces tiene que estar en el colmado de Jasper Lathrop o en la barbería de Jayber Crow. Mat cruza por el medio de la calle para dirigirse a la tienda de Jasper.

El interior del negocio, cuyas amplias ventanas miran hacia el sol matutino, reluce entre las motas de polvo que se arremolinan en el aire tras el paso de la escoba de Jasper. En el mostrador se agolpan varias mujeres que charlan y esperan para pagar la compra. Pero el órgano vital del negocio de Jasper no es esa caja registradora, donde se congregan las mujeres, sino el fogón situado al fondo del local, enorme y herrumbroso, rodeado de un banco y varias sillas dispuestas en semicírculo. Ya se empiezan a congregarse allí los hombres mayores y los haraganes que pasarán el día deambulando entre los negocios del pueblo. De pie alrededor de la estufa, hay también varios hombres más jóvenes que charlan y ríen; han entrado a fumar un cigarrillo, o a hacer una simple visita antes de irse a trabajar, mientras esperan un rato a que el día, con suerte, se entibie, y a que el rocío helado se evapore de las plantas de tabaco antes de ponerse manos a la obra. Aunque el fuego esté apagado, llevan el frío de la mañana metido en la cabeza, así que se acercan al fogón.

El viejo Jack está sentado en el ángulo que forman el reposabrazos y el respaldo del banco, sobre el extremo más próximo

a la estufa. Tiene el abrigo mal abotonado, así que el lado izquierdo del cuello casi le toca la patilla. Una de las orejeras de su gorra de pana está desabrochada y cuelga suelta. Con las manos sobre el bastón, mantiene la vista clavada en el resplandor de las ventanas delanteras. No se inmuta ni tampoco parece reconocer la voz de Mat cuando este habla con los otros parroquianos. Al observarlo, Mat percibe su ausencia. Se inclina sobre el anciano y le apoya una mano en el hombro.

En las profundidades de la memoria del viejo Jack surge una ladera cubierta de hierba, salpicada de árboles que dan sombra, y más allá otros árboles, y a los pies de la ladera un estanque de agua inmóvil donde se refleja, impoluto, el tronco blanco y moteado de un sicomoro. Él está de pie al borde del prado, contemplándolo. Lleva mucho tiempo allí. Y ahora siente que alguien le toca. Una mano se posa con suavidad sobre su hombro. Le parece que debe ser la mano de Ben Feltner. Ese contacto le aporta una especie de claridad, una especie de afirmación. No ha conocido a muchos hombres capaces de ofrecerse tan abiertamente mediante el roce de una mano. Alza la mirada hacia Mat, que se inclina entre su cuerpo y la luz. Un resplandor le embarga los ojos.

—¿Ben?

—No, tío Jack. Soy Mat. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿Te sientes bien?

—¡Sí, señor!

—Bueno, Margaret me ha dicho que te pidiera que vinieses a almorzar.

—Allí estaré —dice el viejo Jack. Sonríe, complacido con la invitación, y con Margaret, en cuya generosidad confía siempre pero jamás da por sentada.

Entonces estira una mano y se aferra al antebrazo de Mat en una suerte de caricia áspera y tentativa. Aunque el pelo de Mat

es tan blanco como el suyo, se trata, en esencia, del gesto que un hombre ya viejo le dedicaría a uno mucho más joven. El gesto de un tío, una declaración de honda y sentida familiaridad.

—Te lo agradezco mucho, querido.

El viento agita la hierba en los pastizales y los ojos de Jack regresan a aquel lugar. Se sitúa en los límites de la pradera. Querría adentrarse, caminar un poco, querría echarse bajo la sombra de uno de los árboles a la vera del estanque. Pero ahora no puede. Aunque no gira la cabeza ni aparta la vista, sabe que Ruth está entre los árboles, a sus espaldas. No lo abandonará, pero tampoco se unirá a él, ni lo acompañará en su paseo por el prado fulgurante, ni se echará junto a él bajo la sombra de un árbol.

Pero en el hombro del viejo Jack está la huella viva, al mismo tiempo un recuerdo y un sentimiento, de la mano de Mat, que es como la de Ben, o es la de Ben; o más bien su roce es el de Ben, puesto que su significado se ha ido desprendiendo de las manos de los hombres como la hojarasca y ha seguido viviendo. Es la bondad de Ben, la dulzura de su espíritu, lo que ha sobrevivido en Mat. Pero en Mat hay también una inteligencia inquieta, un afán por que todo sea como debe ser, una ira y un pesar —herencia de su madre— por cómo están las cosas. Su madre es una Beechum. Mat nunca ha tenido la paciencia de Ben. O más bien toda la paciencia que llegó a cultivar en su vida la adquirió, al igual que el viejo Jack, a fuerza de sufrimiento.

Jack trató a Ben Feltner durante casi cuarenta años, y jamás lo vio apurado y jamás lo vio enfadado. Y aquello no parecía consecuencia de un mero autocontrol, sino más bien de una paz inextinguible que Ben había negociado consigo mismo y con el mundo —o quizás era una paz innata—, una voluntad por vivir dentro de los límites de su propio destino. Jack y Mat habían crecido bajo su afable sombra, y ambos respetaron y admiraron esa calma inmensa que percibían en Ben; algo en lo que los

dos habían fracasado, y a un precio muy alto, durante tantísimo tiempo.

“Jack, hijo”, solía decir Ben, “el mundo va a seguir ahí te apures o no”. A Jack, y más adelante a Mat, cada vez que la incertidumbre del futuro los sacaba de quicio, les decía: “El día de mañana llegará mañana, hijo”. Jack tenía casi sesenta años cuando logró poner en práctica esas lecciones, pero lo consiguió. Y Ben siempre repetía: “Dejemos el pasado atrás. Y a los muertos descansar”. Lo decía sonriendo, con aquella sonrisa suya tan remota, tan sagaz, y una mano apoyada sobre la barba. “Que sea lo que tenga que ser, hijo”. Esa enseñanza, Jack nunca la puso en práctica.

Ben Feltner, ese santo, está muerto. Ya lleva cuarenta y un años en la tumba. Y Jack Beechum, que era, salvo por la sangre y el nombre, su hijo, ha llegado a una edad en la que podría ser su padre.


—Jack, ¿un poco de tabaco para mascar?

El que le grita al oído no es un extraño; Jack ha conocido a cinco generaciones de su familia, desde sus abuelos hasta sus nietos, pero ahora es incapaz de decir su nombre, aunque sí recuerda el de su padre y el de su abuelo.



—No, Irvin —dice—. Pero muchas gracias, hijo. Te lo agradezco.

Nombres de personas vivas ahora no retiene más que unos cuantos. Pero tan franca es su relación con ese impedimento que a los hombres los llama “Irving”, o “hijo”, y a las mujeres, salvo a un par, les dice “Suzy”, o “corazón”. Es un gesto de cortesía. Todos son lo suficientemente jóvenes como para ser sus hijos y sus hijas.

Como el viejo Jack no lo mira, el hombre vuelve a guardar la bolsa de tabaco en un bolsillo y retoma la conversación con la persona a su derecha.



A causa del recordatorio, el viejo Jack saca su propia trenza de tabaco de mascar —el producto típico de la zona, conocido como “long green”— y le da un bocado. Durante unos instantes, presta atención a los sonidos y a los olores del almacén. Desde la entrada le llegan voces de mujeres, risas. A su lado, la conversación de los hombres es como un zumbido que merodea a su alrededor. No presta atención a las palabras. Y sigue con la mirada fija en las ventanas del escaparate. El resplandor de la luz matutina, al igual que la oscuridad, le parece ahora algo digno de contemplar. Cuando quiere, o cuando lo necesita, todavía puede ver bien, aunque le requiere un gran esfuerzo, y cada vez le parece que vale menos la pena. Su vista, como si fuera un cambio físico irreversible, se ha replegado hacia el interior. Con mayor y mayor frecuencia, el mundo tal y como es ahora le recuerda más a un espectro, o una nube a la deriva que se abre y se cierra, recortada contra las luces y los colores claros del mundo tal y como era antes. El mundo ahora le sirve, sobre todo, para hacerlo retroceder, por pasajes a veces demasiado familiares, hacia aquel mundo que aún vive en su cabeza; un mundo muerto, velado, inalterable.



El contacto de la mano de Mat, que trae grabado con suma precisión la de Ben, hace que el viejo Jack se gire, como sobre un eje, hacia lo más profundo de su memoria. Ahora tiene unos ocho años, la guerra terminó hace tres; está en el senderito de acceso a la granja, la noche empieza a caer, y él está mirando esa casona antigua. Se ha teñido de gris por la falta de pintura y deja entrever otros signos de abandono, como si la inteligencia que la habita le diera la espalda y se hubiera olvidado de ella. Aún se puede ver la pérdida y la derrota de antaño. Jack ya ha aprendido a mantenerse alejado de la casa siempre que puede, a evitar las sombras y los recuerdos mediante la luz diurna. Para él, la casa está repleta de los recuerdos persistentes de un pasado que nunca llegó a conocer,



una vida más rica, más sensata, más pródiga y más agradable que la que a él le ha tocado vivir. Del rumor difuso de conversaciones que han tenido lugar en su presencia ha conseguido rescatar muy poca información, nada que se asemeje a un relato coherente, a una historia, sino más bien meros indicios de una época previa de grandes dispendios, comidas copiosas, carcajadas, habitaciones bien iluminadas donde hombres y mujeres bailan. Y sabe que la guerra puso fin a esos tiempos de bonanza.

Antes de que llegara a conocerlos, sus hermanos, hombres ya adultos cuando él nació, se unieron al Cuarto Regimiento de Caballería de Kentucky. Se llamaban Hamilton y Mathew. Jack sabía que se habían ido a pelear contra los yanquis unionistas. Los motivos de su partida aún eran objeto de conjeturas. Ni siquiera en la época de su abuelo la granja había sido demasiado grande; nunca había habido más que una o dos familias de esclavos y el clan familiar no tenía vínculos de vida o muerte con ninguna de las instituciones que sus dos hijos se comprometieron a defender. De niño, Jack dio por hecho que habían hecho lo que tenían que hacer. Gente desconocida, de alguna otra parte, trataba de decirles qué tenían que hacer, y ellos no lo iban a tolerar. Quizá las cosas fueron así de simples. Quizá su partida a la guerra fue tan irremediable como que lo hubieran hecho a caballo; soldados de caballería por necesidad. Era lo que hacían los hombres de su condición; no pensaban en obrar de otro modo.

Partieron, sabía Jack, una mañana de septiembre de 1862, después de almacenar el tabaco; se habían negado a firmar su alistamiento con los reclutadores hasta que no finalizase la cosecha. Aunque Jack era demasiado pequeño —más adelante le repitieron mil veces que era demasiado pequeño— como para acordarse de ellos, ha mantenido de todas maneras, a lo largo de su vida, una visión extraña y difusa de aquella partida. ¿Solo se lo habían contado o de verdad llegó a ver, desde los brazos de su

madre, o de Nancy, cómo se marchaban sus hermanos? Es una mañana fresca y resplandeciente, en el aire ya se siente el regusto del otoño. Uno al lado del otro, Ham y Mat se alejan de la casa bajo las sombras de los árboles; los caballos, un alazán y un bayo, avanzan lado a lado. Cada uno lleva un rollo de mantas atado en la parte trasera de la montura; cada uno lleva un rifle en el arzón delantero. Los hombres portan los sombreros inclinados hacia el frente, para protegerse los ojos, ya que cabalgan en dirección al sol. ¿Qué aspecto tenían? Jack no lo sabe. Conserva solo una suerte de imagen periférica; cada vez que intenta poner sobre ellos el foco de su memoria, cada vez que quiere examinarlos de pleno, se evaporan. En su recuerdo le parece que, cuando llegan al final del sendero, y giran en dirección al camino principal, y se pierden de vista, ya no miran atrás. Le parece que, mientras los observa, los dos hombres ya han visto la casa por última vez y ya le han dado la espalda para siempre. Esta no es solo una certeza retrospectiva. En la mente anacrónica de un niño, la imagen de aquella partida se superpuso con la noticia de la muerte de sus hermanos y ambos hechos se fusionaron en uno solo, así que ahora, en su ensoñación, le parece que los ve marchar con la clara convicción de que no van a regresar. Y, en efecto, no regresaron. A Mat lo mataron al mes siguiente durante el primer combate de su regimiento, en la batalla de Perryville, y a Ham en la tercera escaramuza del comandante Morgan, en Cynthiana, en junio de 1864.

Jack no recuerda nada relacionado con las circunstancias que rodearon la llegada de las noticias sobre la muerte de Mat. Mucho antes de que la vida de Mat fuera para él un hecho, su muerte ya lo era. Pero sí recuerda el momento en el que se enteraron de la muerte de Ham. Entonces Jack tenía cuatro años. Más que nada se acuerda de que durante dos o tres días después de recibir la noticia no le dejaron ver a su madre. Su padre pasó

mucho tiempo sentado frente a la chimenea apagada, en la salita de estar, mirando el suelo. Nancy y la cocinera se quedaron con Jack en la cocina; solo salían a caminar por el campo cuando él se inquietaba. Dentro de la casa se hablaba entre susurros. Aquellos murmullos se quedaron anclados en su memoria para siempre: un poderoso augurio, el claro indicio de las tragedias y los misterios. ¿Cuál era la razón para matar a un hombre? ¿Qué pasaría con él entonces? ¿Cuánto tiempo duraba “para siempre”? Aún recuerda cómo lo abrazaba Nancy, cómo lo acunaba de noche junto a una de las ventanas de la planta superior. Sabía que su hermana, en esos momentos, lloraba.

Y antes de la primavera del año siguiente su madre estaba muerta, enterrada entre las lápidas torcidas y los cedros añosos del cementerio de Port William. Para él siempre tuvo una gran importancia que su madre muriera antes del final de la guerra, entre la amargura y el dolor, y en la que le pareció la oscuridad de último invierno de la contienda.

Así que cuando llegó el final de la guerra la casa estaba plagada de una sensación de pérdida, de empequeñecimiento, y también de quietud. Era como si al anochecer, cada vez que entraba en una de las habitaciones silenciosas, aquel muchacho pudiera oír los ecos solemnes de alguna dicha fallida, o los pasos remotos de sus hermanos, cuyos abrigos seguían colgados en el perchero de uno de los armarios de la planta superior. Pero si algo evocaba la quietud de la casa era, sobre todo, el recuerdo de otra quietud, la que había traído consigo la larga enfermedad de su madre.

Cuando se ve a sí mismo frente a la puerta de la casa, ochenta años atrás, vuelve a sentir un pavor que en aquel momento le resultó irremediable y que jamás logró olvidar. El recuerdo carece de antecedentes; quizá la mera evocación haya durado más que el hecho en sí. Está oscureciendo. Los vencejos

ya han empezado a zambullirse en las chimeneas. Es la hora en que la pesadumbre de los hogares regresa y anida entre las paredes. De todos los que vivieron una vez allí, solo quedan Nancy, su padre y él. Llegará un día en el que el vigor y el ímpetu de Jack se impondrán por encima de la melancolía de la casa; un día en el que, con una falsa valentía que incluso le resultará intimidante a él mismo, se apropiará de la ropa abandonada de sus hermanos y se la pondrá. Pero para eso todavía falta mucho. Ahora la casa está a punto de llenarse de una pena implacable, y él siente pavor por tener que entrar, aunque sabe que no le queda otra. No tardarán en gritar su nombre.

En su sexto año de vida, la mente de Jack ya había incorporado el que sería uno de sus movimientos distintivos: alejarse de la casa, de la pérdida, los fracasos y las constricciones de su historia, para abrirse paso hacia la tierra, los bosques y las plantaciones de la vieja granja, donde conseguía percibir la promesa de lo infinito, de lo abundante. Se quedaba al aire libre todo lo que podía; seguía a los hombres hasta los campos cuando se lo permitían, o bien vagaba por los bosques y los arroyos cuando no. Afuera, lejos de esa casa empequeñecida y opaca, ya había empezado la lenta aparición de lo que iba a ser. Cuando tomaba distancias de la casa, Jack era libre; percibía el poder de sus propios sentimientos, de sus inclinaciones; seguía los estímulos de la curiosidad que sentía acerca de lo que tenía lugar en los campos y los bosques. Siempre entorpecía a alguien, tratando de ver qué pasaba. “¡Atrás!” le tenían que gritar. “¡Quítate del medio! ¿Cómo voy a ver qué estoy haciendo si tengo tu cabezota delante?”. Los trabajadores negros que contrataban para el campo lo corregían y lo instruían, por lo general de buen humor; se habían resignado a la tarea, conscientes de que si no lo hacían ellos no lo iba a hacer nadie. Le enseñaron a trabajar. El precio por pasarse el día con ellos



Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2026  
en Imprenta Kadmos. C. Río Ubierna, 12, 14, 37003 Salamanca, España



